

J. Imbelloni

Los últimos descubrimientos sobre la escritura indescifrable de la Isla de Pascua

HISTORIA CULTURAL DE LA ISLA DE PASCUA

La diminuta isla de Rapa-nui, que el holandés Roggeveen descubrió el día de pascua del año 1722 en el océano Pacífico, 3200 kilómetros a occidente de la costa peruana y 3760 de la chilena, ha ocupado desde 1870 la atención del público y de los sabios con una intensidad que en los últimos años ha llegado a su grado máximo. No es extraño a ello el carácter sensacional de los miles de artículos de diarios y revistas dedicados a la «isla misteriosa» y de algunos libros absolutamente desprovistos de criterio objetivo (Brasseur de Bourbourg, Pierre Loti, etc.) que han estimulado la mentalidad popular, siempre ávida de lo fantástico. Pero no debe callarse que algunos aspectos de la cultura de Rapa-nui se mostraban envueltos, realmente, en una incertidumbre que estimulaba la curiosidad del etnólogo, hasta que las publicaciones de Mrs. Routledge, J. Macmillan Brown y H. Balfour, seguidas al período de la guerra europea, han convertido los misterios de la cultura de Rapa-nui en una serie de capítulos de la historia cultural del Océano Pacífico, y, despojándolos para siempre de su apariencia enigmática, les han conferido una orientación perfectamente inteligible.

Al afrontar con rigor de sistema los nebulosos conceptos de antaño, en un curso de tres lecciones públicas que me

encomendara el Director del Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires, Profesor Doello-Jurado, en Agosto de 1933, observé que los mencionados misterios se fundaban principalmente en tres postulados: 1.º la imposibilidad, por parte de los indígenas, de construir los grandes monumentos de piedra de Rapa-nui; 2.º la dificultad en que aquellos se hallaban de transportar tan pesados bloques, por falta de medios técnicos, y 3.º la inferioridad numérica de la población de la isla con relación a la obra cumplida (más estatuas que habitantes). Las personas que han seguido mis lecciones de 1933 no ignoran que, respecto al primer punto, ya nadie puede permitirse la duda sobre el origen local e indígena de las estatuas o *moai*, pues se han encontrado gran número de ellas a medio hacer en el «taller» de Rano-raraku, los instrumentos que fueron usados en la fabricación y hasta los asientos ocupados por los talladores de la piedra. En cuanto a la roca en que fueron trabajadas, resulta que su dureza ha sido exagerada, pues se trata de una traquita relativamente blanda. El traslado se efectuaba haciendo deslizar cada bloque por el declive de la colina de Rano-raraku hasta el sitio elegido, con la ayuda de terraplenes de que han quedado vestigios. Respecto al tercer enigma, ha resultado que la población, reducida en tiempos más recientes a sólo 170 personas, alcanzaba en origen el número suficientemente elevado de 2000, y se conocen las causas de la disminución (raptó de 23 personas en 1864, deportación de más de un miliar desde 1850 a 1862 y fuga de 300 a Tahiti en 1871).

Superada la primera etapa de la investigación sobre la Isla de Pascua, en que todo el interés había recaído en los grandes monumentos pétreos, los *moai* o estatuas y los *ahu* o plataformas—a éstos desgraciadamente se limita aún hoy la curiosidad del gran público y la nombradía de la isla—llegó un momento en que la atención fué reclamada por los restos de menores dimensiones. Las pequeñas estatuitas de madera conocidas con el nombre de *moai-miro* no sólo revelaron tener gran vinculación con los gruesos *moai* de piedra, sino dieron indicios preciosos sobre el carácter funcional de estos últimos, tanto de los funerarios de la costa como de los mágicos del volcán Rano-raraku. La observación de las costumbres y rituales de los indígenas vivientes, cumplida por Mrs. Routledge, permitió, además, identificar el importante rol de las ceremonias ánuas del hombre ave (*Tangata-manu*) y distinguir,

a raíz de las comparaciones de Balfour, la existencia de dos capas culturales, una más antigua y arrinconada hacia el Sur, de naturaleza melanesia y otra al Noreste de la isla, de procedencia polinesia relativamente reciente. También pudo apreciarse el dramático juego de las luchas intestinas que exterminaron la fracción tradicionalista de los Orejones, poco antes de 1750. En cuanto al florecimiento de la cultura de Rapa-nui, su cronología se ha establecido, de un modo general, en la época de fusión y equilibrio entre el elemento melanesioide y el polinesio, aportadores el primero del culto de las aves y la escultura en madera y el segundo de la talla de la piedra y el arte mural.

Estatuas y plataformas fueron levantadas en una época comprendida entre 1500 y 1700.

También el supuesto aislamiento cultural de los Pascuenses ha perdido todo su crédito, al conocerse las esculturas de piedra de las Marquesas, Tuamutu, etc., y las plataformas funerarias o *marae* de las demás islas del mar Pacífico, que están vinculadas con los restos de Rapa-nui por los caracteres de forma, construcción y significado.

Las explicaciones descabelladas de un tiempo han sido abandonadas una por una. Aquellos que suponían un desembarco de Peruanos prehistóricos a la Isla de Pascua, han tenido que reconocer que el camino de las invenciones culturales a través del Pacífico ha sido el inverso, y Rapa-nui ha ejercido la función de último jalón pacífico en la marcha hacia América de elementos lingüísticos y artísticos. Aquellos que, incapaces de comprender la función unificadora del gran océano, sembrado de 10.000 islas, en que se habló una sola lengua y en cuyos archipiélagos el Capitán Cook pudo servirse de un único intérprete, imaginaron que una catástrofe cósmica desmembrara el supuesto continente austral, deben recordar que después de Lyell, es decir, desde un siglo, el concepto de las catástrofes ha cesado de jugar un papel serio en la prehistoria humana. Al ilustre amigo J. Macmillan Brown, que en 1926, después de su periplo de seis meses a través de la Polinesia, me escribió defendiendo la idea del continente desmembrado, del que Rapa-nui representaría un residuo, pude contestar con una objeción realmente abrumadora: que en este caso el terremoto o la erupción volcánica o cualquier otra causa que fuese, habría partido el supuesto continente por medio de fracturas superinteligentes, puesto que todos los bordes de la isla triangular de

LAMINA I



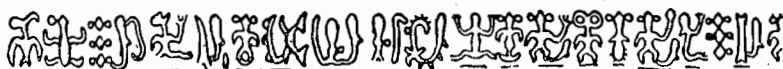
Una de las caras de una tableta de Rapa-nui. (Museo de Santiago de Chile).
Dimensiones: 32x12 cm. La tableta tiene en total unos 500 caracteres.

Rapa-nui terminan junto al mar con la mencionada cadena de plataformas, que dibuja perfectamente su contorno.

Como se ha visto, durante los doscientos años que nos separan del descubrimiento, Rapa-nui ha sido investigada primero por sus monumentos pétreos, luego por sus restos lígneos y posteriormente por los vestigios ceremoniales y rituales, y, como en todas partes, justamente de los objetos más pequeños ha salido la mayor luz sobre su cultura.

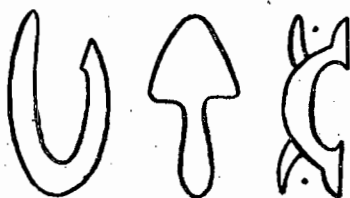
LAS TABLETAS INSCRIPTAS Y SUS MISTERIOSOS IDEOGRAMAS

Unicamente en torno a las inscripciones grabadas en algunas tablillas de madera que en la isla se llaman *koháu-rongo-rongo* y que fueron empleadas en el culto hasta 1850 en el Noreste de la isla, cerca de la bahía de Anakena, sede de los últimos Ariki polinesios de Rapa-nui, la ciencia nada había logrado averiguar.



a — Una línea de las tablillas de Rapa-nui. El subrayado señala las figuras que revelan rasgos o actitudes humanoides.

Nadie había hablado de las inscripciones ni de las tabletas hasta 1868, y la atención fué llamada hacia ellas por un caso fortuito. El obispo de Axieri, hombre de estudio y organizador de un museo etnográfico, que presidía en calidad de vicario



b — Tres signos de la escritura de Rapa-nui que indican objetos y utensilios:
1.º Un anzuelo. 2.º Una flecha o hachita. 3.º Un «reimiro», o adorno de madera de los jefes.

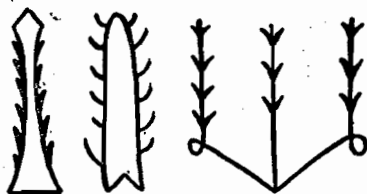
apostólico de Tahití todas las misiones católicas de Oceanía, recibió ese año, obsequiada por el padre Gaspar Zumbohm, miembro de la misión de Rapa-nui, una de esas cadenas de

cabello humano que constituyen una curiosidad de las isla, arrollada alrededor de una tablilla de madera de pequeñas di-



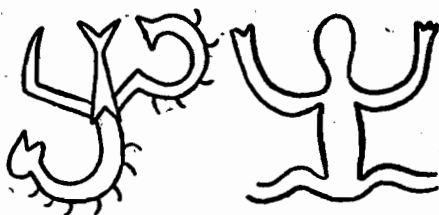
c — Signos que son imágenes de animales.

mensiones (30×15 c.m). El obispo, Monseñor Tepano Jausen, mucho más que por los cabellos, se alegró por la propia tableta, por haber descubierto que toda su superficie estaba cubierta por cientos de signos, regulares y armónicos, de una escritura absolutamente desconocida.



d — Signos de carácter vegetal.

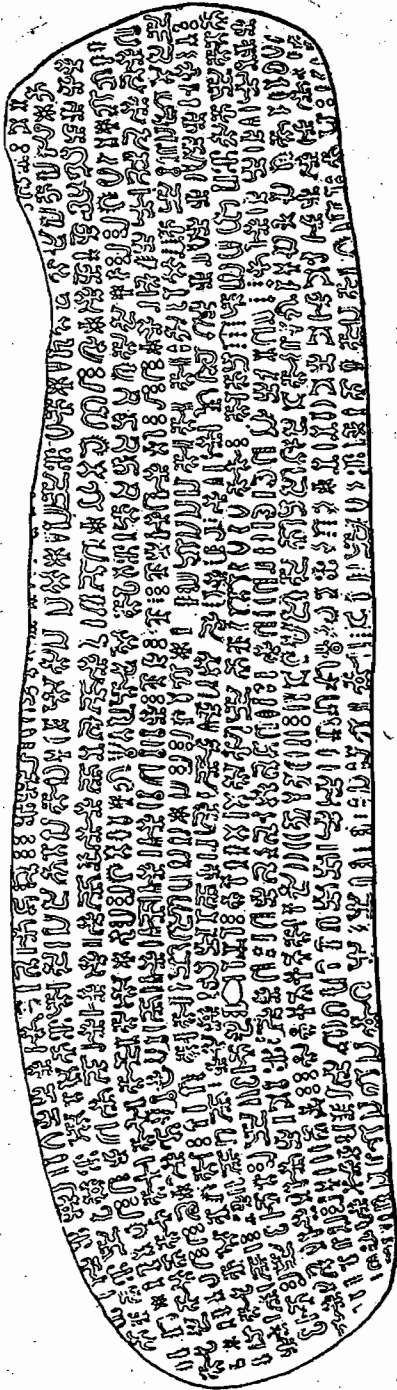
Monseñor Tepano se apresuró a dar la voz de alarma en doble dirección: primero, para que se reunieran el mayor número de tabletas, y segundo, para que los especialistas del mundo descifrarán las inscripciones. Desgraciadamente, el arte de grabar los signos se había perdido en la isla a raíz de los «raids» de corsarios chilenos que deportaron a la isla Chíncha



e — Signos compuestos.

a más de un millar de isleños para los trabajos del guano (murieron todos de difteria a los pocos años) y muy pocos ejemplares de tablillas pudieron ser reunidos en Rapa-nui y en la

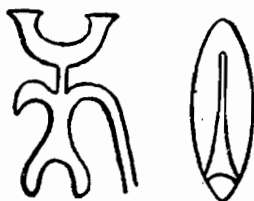
LAMINA II



Otra tableta conservada en el Museo de Santiago. Mide 45 de largo por 11,5 de ancho. Contiene en total 688 caracteres.

misma Tahiti, adonde en 1871 unos trescientos indígenas escapados a las persecuciones anticatólicas del encargado comercial de aquella isla fueron a refugiarse bajo el amparo de los misioneros. En total, la ciencia cuenta hoy con 16 ejemplares diseminados en varios museos del mundo: son ellos las 7 tabletas reunidas por Jaussen, que se encuentran ahora en Bélgica (Brain-le-Comte) en un convento de religiosos, las 3 que desde 1870 custodia el Museo de Santiago de Chile, 2 en el Museo de Washington y las otras en Londres, Berlín, Viena y Leningrado.

Ya desde su primera aparición esta escritura ha despertado la sorpresa y la curiosidad de todos los especialistas. Y he aquí una extraña e irónica circunstancia: mientras el público y los periódicos continuaban perpetuando artificiosamente el «misterio» de las estatuas y plataformas, que ya desde tiempo había cesado de ser misterio, surgía ahora ante la ciencia un motivo de perplejidad y una inquietud realmente legítima, como lo es el origen y significado de los hieroglíficos de Rapa-nui.



f — Signos de carácter humano: 1.º un hombre con «reimiro»; 2.º el signo de la generación (**komari**) que aparece en los relatos de sucesiones genealógicas.

La razón de tal inquietud es evidente. En primer lugar, nadie se esperaba encontrar un sistema gráfico reglamentado y «culto» en una isleta perdida en el océano; luego, aunque se trate seguramente de una forma análoga, ningún parentesco demuestra, estudiándola de cerca, con alguno de los sistemas hieroglíficos del Egipto, de la Mesopotamia presemítica y otros similares; en tercer lugar, ninguno de los pueblos de América ha conocido un aparato de escritura que denote tan alto desarrollo, pues la calculiforme de los Mayas y la pictográfica de Toetihuacán representan a su confronto estados embrionarios.

Las líneas de esta escritura son horizontales; los signos por sí mismo indican en su mayoría un objeto real o imaginario delineado someramente y estilizado según un canon de simplificación de una estética peculiar y su ejecución esme-



g — Signo que según varios especialistas, es una imagen de tortuga. Según Watclín sería una imagen compuesta de dos aves.

rada indica la existencia de una verdadera escuela de escribas (con mayor exactitud diríase de grabadores) que poseyeron a la perfección el arte de inscribir la dura madera del *Podocar-*



h — Signo de las tabletas de Rapa-nui que parece reforzar la opinión de M. Watelin. Sin embargo, teniendo en cuenta el desarrollo de la porción caudal en esta figura y la siguiente, no resulta clara su transformación en verdaderas patas, que se habría realizado en la imagen de la fig. g. El rombo puesto en medio de esa figura es, además, muy común en las representaciones de Melanesia, e indica el cuerpo animal.

pus con una punta de obsidiana. En cuanto a los dibujos se observa: 1.º gran abundancia de representaciones naturalistas, en primer lugar aves marinas, luego peces, reptiles marinos, moluscos y otros ejemplares de la fauna del mar, 2.º elementos vegetales, 3.º instrumentos, armas y adornos, 4.º figuras humanas y 5.º figuras de seres imaginarios, compuestos de elementos naturales combinados, como ser escorpiones con extremidades de pez, aves con brazos humanos, lagartos humanizados, tortugas con largas orejas humanas, etc. Respecto

a las figuras representadas en actitud de hombre, es decir, empuñando escudos, clavos, peces y objetos varios, el ochent-



i — Figura de ave bicéfala que se encuentra entre las lajas pintadas recogidas por Thomson.

ta por ciento tiene la forma de un ave marina, la fragata, y esto constituye un hecho de gran interés, como veremos.



1 — La figura más común de las tabletas, el ave marina Fragata.

FRACASO DE TODA TENTATIVA DE LECTURA

Ya desde los primeros años los especialistas se dividieron en dos tendencias: unos se han inclinado a creer en un sistema de creación local, inventado por los pascuenses independientemente de todo origen extraño, y otros, en cambio, han esperado en todo momento obtener las pruebas de una cone-

xión con los sistemas de escrituras de los pueblos clásicos.

Analicemos la grafía de Rapa-nui.

En primer lugar, todos los signos de una misma línea están generalmente orientados hacia un solo lado, y las figuras

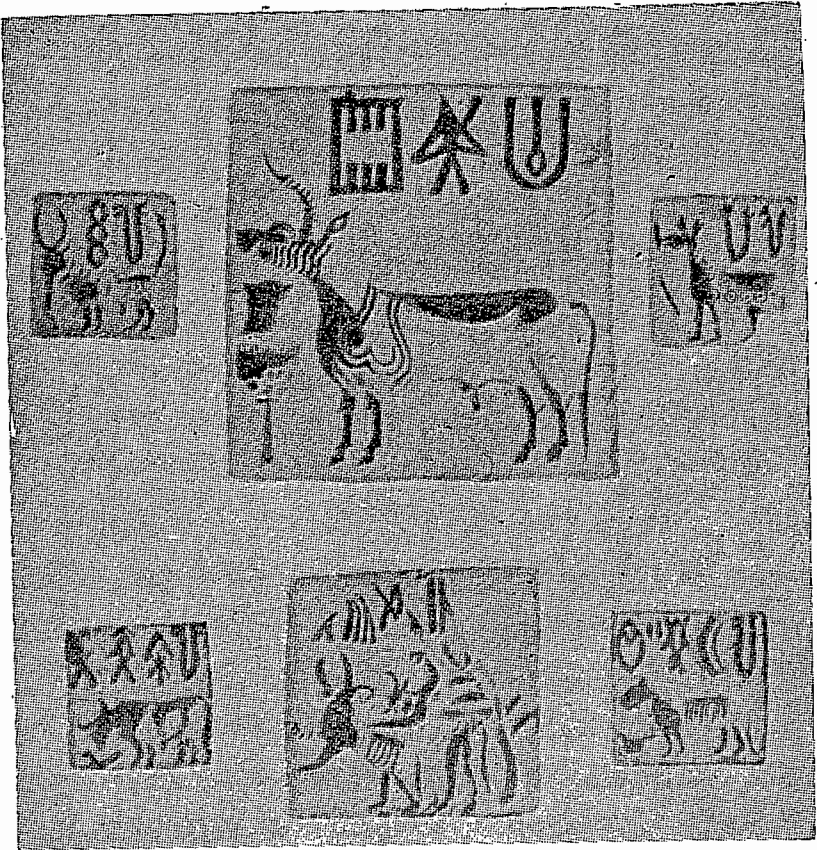


m — Lajas pintadas con figuras de fragata.

miran hacia la derecha del lector. Luego, la sucesión de las líneas no es la misma de los renglones de nuestras planas tipográficas, que todas empiezan a izquierda para terminar a derecha, pues en las tablillas cada línea dextrorsa es seguida y precedida por otra sinistrorsa. Además, las figuras de cada línea están dibujadas en oposición a las de la línea anterior y posterior, siendo anticéfalas respecto a las primeras y antípodas respecto a las otras. Se había imaginado que el autor del texto escribiera seguidamente las líneas 1.^a, 3.^a, 5.^o y 7.^a, etc., con abstracción de las líneas pares, y que al terminar la tabla diera vuelta a la misma, grabando sucesivamente la 2.^a, 4.^a, 6.^a y 8.^a. Pero un indígena que fué examinado por Jaussen se comportó de manera muy distinta. Empezó a leer siguiendo la línea inferior de la tablilla, y al terminar el renglón dió vuelta a la tabla y continuó leyendo la segunda línea, y así sucesivamente hasta el final del texto. De esta misma manera, en zig-zag, se traza el surco del arado, y la palabra griega *Boustrophedón* indica el modo de las escrituras arcaicas, helénicas, etruscas y latinas, que siguen este sistema.

En resumen, en las tablillas de Rapa-nui los signos y los renglones respetan en su disposición un cierto número de normas fijas y revelan la existencia de un canon sólidamente establecido. Además se comprueba una serie de analogías generales con la grafía de los pueblos históricos que no pueden

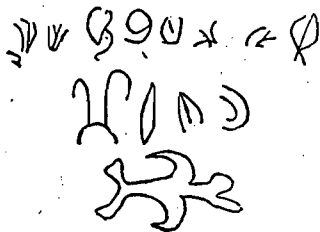
LAMINA III



Algunos sellos de Mohenjo-Daro, en el valle del Indo

pasar desapercibidas. En cambio, al analizar cada signo en sí por su forma y dibujo, no demuestra dependencia alguna de los hieroglíficos de Egipto y Mesopotamia, ni de otros conocidos.

A partir de los tiempos del obispo de Axieri (1870) se han hecho repetidas tentativas para descifrar la escritura de la Isla de Pascua. Monseñor Jaussen dedicó varios años a interrogar a los indígenas pascuenses refugiados en Tahiti y dejó escrita una especie de glosario de varios signos que indican diferentes ideas, como ser sol, estrellas, *ariki* o jefe, etc.; sin embargo, se convenció de que en el texto los signos no integran realmente una frase como en las combinaciones alfabéticas, silábicas o ideográficas de las escrituras conocidas,



n — Firma de un jefe indígena del siglo XVIII (viaje de González). Nótese el signo inferior, que es la fragata.

y sólo sirven para recordar al lector un complejo de ideas que debe ser integrado por su memoria. En 1886 un marino norteamericano, Thomson, al visitar Rapa-nui, supo que vivía aún en la isla el viejo Ure-vae-iko, que se sabía conocedor del uso de las tabletas, y con insistencia le requirió que revelara su texto, a lo que el viejo ermitaño se rehusó, temeroso de cometer un sacrilegio. No obstante, Thomson y sus compañeros, después de reducirlo en estado de semi-ebriedad, obtuvieron que el viejo pascuense «leyera» el texto de unas tablillas que le habían presentado en fotografía. Más que una lectura fué aquella una recitación de cantos místicos y genealogías. En ningún momento los norteamericanos lograron establecer la menor relación entre el trozo escrito en la tablilla y las frases cantadas por Ure-vae-iko. Peor aún, al cambiársele la fotografía de una tableta con otra diferente, el viejo siguió recitando el mismo texto, de memoria.

Lo poco que pudo establecerse concierne más bien al con-

tenido general de las inscripciones. Según las expresiones de Ure-vae-iko las hay de dos clases, las que contienen «grandes palabras antiguas» y las que registran simplemente «pequeñas palabras modernas». Tratan algunas de ceremonias y rituales o narran mitos de creación; otras son relatos de migraciones, guerras y genealogías y texto de plegarias.

El Prof. J. Macmillan Brown, canciller de la Universidad de Christchurch (Nueva Zelanda) concreta en breves frases su opinión sobre la escritura de Rapa-nui: «Una parte de los caracteres muestran patente su significación inmediata, mientras otros han tenido una relación convencional con conceptos que han sido fijados por los que los usaron en origen, al igual que los nudos de un *kipu*. Pero estos caracteres de ningún modo indican lo que nosotros expresaríamos mediante una proposición o serie de proposiciones: hay aquí sólo la sugestión de un pensamiento, y como muchos signos tienen un mero valor convencional, conocido solamente por las personas que lo establecieron o que fueron iniciadas en dicha convención, la reconstrucción de los textos se torna hoy imposible».

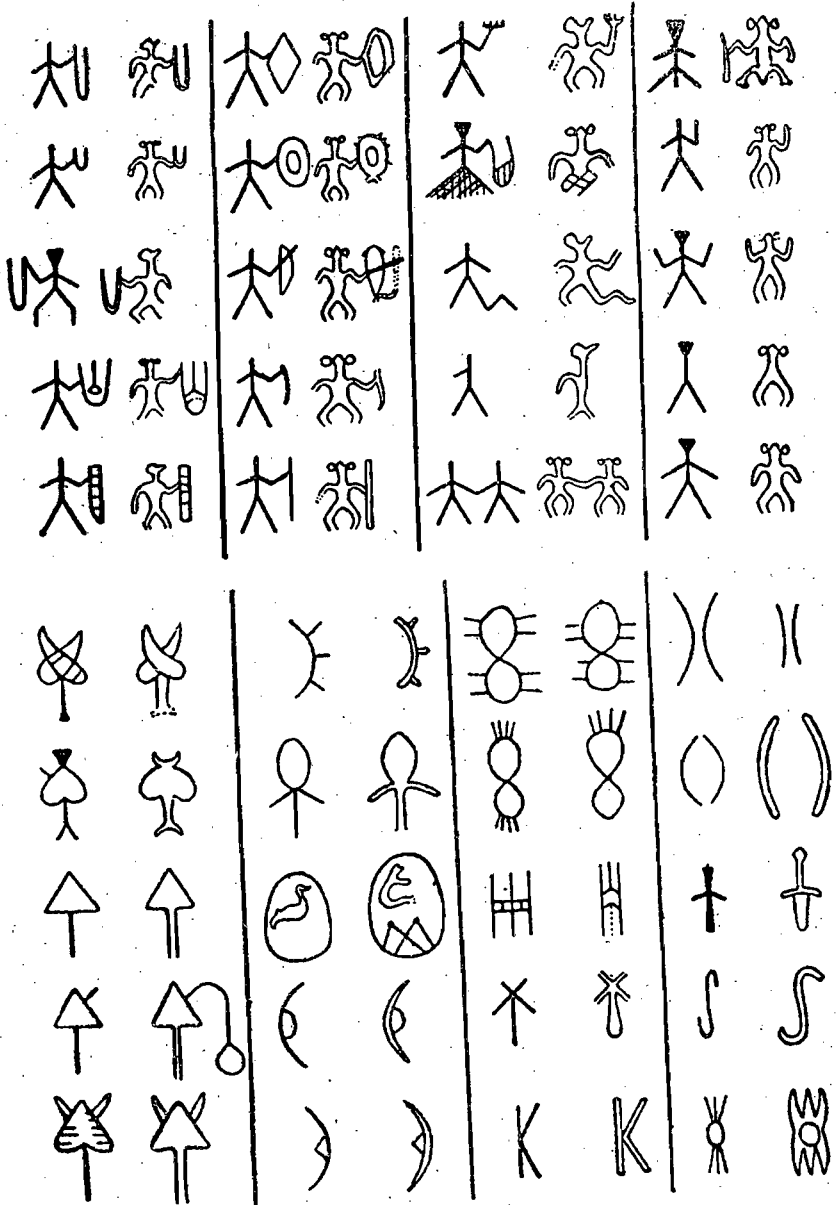
La señora Routledge, aún más gráficamente, dice que «Es fácil llamar con un nombre el nudo que hemos hecho en el pañuelo, pero nadie fuera de su autor puede saber si su significado es recordar el pago de la póliza de aseguración o la fecha de una invitación de «tea-party».

Las palabras de ambos autores resumen con gran claridad el resultado negativo de las investigaciones hasta 1932, el año del descubrimiento de M. de Hevesy. El escepticismo que ellas trasuntan mucho se parece a una confesión de impotencia ante un círculo enigmático que todo hacía pensar que permanecería vedado en eterno.

LA ESCRITURA PASCUENSE Y LA DEL INDO

La enunciación del descubrimiento del sabio húngaro M. G. de Hevesy, presentada por el académico M. Paul Pelliot en una comunicación leída ante la *Academie des Inscriptions et Belles Lettres* de París el día 16 de Septiembre de 1932, produjo en el mundo científico una sensación comparable con la del estallido de una bomba. M. de Hevesy afirmaba haber roto el aislamiento de la grafía de Rapa-nui, proclamando su

LAMINA IV



Tablas comparativas de M. de Havezy. Los signos de cada columna puestos a la izquierda son del Indo, los de la derecha son de Rapa-nui.

analogía con la escritura de Mohenyo-Daro y Harappa, en el valle del Indo.

En la misma sesión del 16 de Septiembre se levantaron, también, objeciones. La primera, sugerida por el criterio lingüístico, opuso la consideración de que las analogías formuladas entre dos sistemas de escritura de los que se ignoran por completo el valor fonético y el semántico no pueden tener firmeza. El segundo reparo, sugerido por el criterio del historiador y del geógrafo, está condensado en la frase pronunciada por el mismo Pelliot: «No hay manera de vincular históricamente dos grupos de monumentos tan alejados en el espacio y en el tiempo». Una tercera categoría de críticos negó la verdad objetiva de las concordancias halladas por Hevesy, pero ninguno de ellos había asistido a la sesión de la Academia ni examinado las tablas completas del sabio húngaro.

La discusión quedaba así abierta, y fué seguida con pasión en todos los rincones del mundo.

Aquí, por primera vez en Sudamérica, cúpome el honor de presentar esta controversia el 4 de Octubre de 1933, en una sesión de la Junta de Historia y Numismática Americana, entre cuyos académicos hice circular unas buenas fotografías de las tablillas de Rapa-nui. Acostumbrado a no hacer pura obra de cronista, expuse mi juicio, críticamente fundado.

Ante todo me tocó hacer frente a las objeciones teóricas que se habían opuesto al enunciado de M. de Hevesy. A los lingüistas contesté que no se trata ahora de comparar dos lenguas, sino dos aparatos gráficos, y es imperdonable confundir los dos conceptos, pues todos sabemos que los turcos bajo al actual gobierno de Angora escriben en letras latinas un idioma del centro del Asia y que los Israelitas procedentes de la Europa Central escriben en letras hebreas un dialecto alemán. A la segunda objeción opuse que las más dilatadas distancias de espacio y tiempo ninguna sorpresa pueden causar al etnólogo, acostumbrado a encontrar armas de Nueva Zelandia en California y en Araucanía y ballestas del tiempo de Carlos Magno en manos de los indígenas actuales del Africa Occidental. Si el historiador queda cohibido ante tales hechos revelados por la observación, lo único que puede deducirse de ello es que no son de su competencia.

«Ningún reparo *a priori* puedo formular contra la enunciación de M. de Hevesy, a pesar de las objeciones puramente

lingüística e histórico-geográfica. Espero solamente poder examinar la reproducción de las tablas que estuvieron fijadas a las paredes de la Academia de París durante la sesión del 16 de Septiembre. No he logrado todavía llegar a un examen directo de esta documentación, y he tenido solamente noticias de la disconformidad de varios hombres de ciencia, entre ellos el colega Skinner de la Universidad de Otago. Mientras tanto, me he aventurado a cotejar los pocos sellos de Harappa que están a mi disposición con los signos de Rapa-nui y me he convencido por esta confrontación que la grafía del Indo presenta un estado de vejez más avanzada que la de Rapa-nui, como lo demuestra su ya intensa simplificación alfabétiforme.»

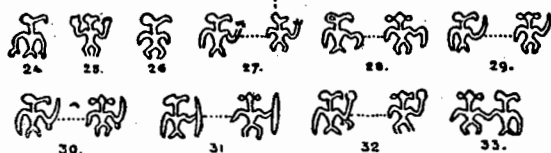
Con estas palabras resumí mi juicio en 1933. Publicadas mis apreciaciones en la *Revista Geográfica Americana* de Buenos Aires, no tardó M. de Hevesy en enviarme ejemplares de sus escritos.

Debo a tan amable cortesía el gusto de presentarles hoy en esta sala (1) una reproducción fiel de los cinco cuadros comparativos de Hevesy, tal como fueron expuestos ante la Academia de Inscripciones y Letras de París. Las correlaciones de cada pareja de signos, especialmente de los de dibujo complicado, son tan fehacientes, y el número de ellas es tan importante (más de 100) que no creo necesario comentario alguno. Merecen especial consideración las figuras humanoides que llevan objetos en la mano, escudos, armas, etc. También es característica la pareja de dos figuras unidas por la mano y la otra con el pie izquierdo prolongado a guisa de serpiente; en lo que concierne a su identidad no queda lugar para dudas. Ninguna de las 5 tablas que aquí presentamos contiene analogías de dibujo ficticias o elementales, que nada demostrarían y este conjunto es realmente una prueba de la veracidad de lo enunciado por M. de Hevesy. A pesar de mi actitud del año 1933, que debe ser considerada efecto de un legítimo sentimiento de prudencia, me declaro convencido de la realidad de las correlaciones, y en este sentido le he escrito desde algunos meses a M. de Hevesy, quien ha tenido la cortesía de mostrarse *particulièrement sensible* a mi conversión.

Quedaría únicamente en la penumbra la causa que ha producido unas notables variaciones del dibujo.

(1) Conferencia dada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

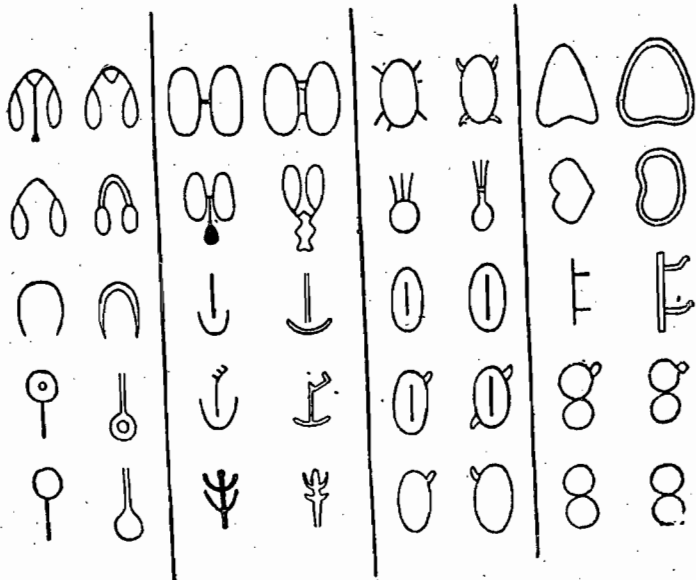
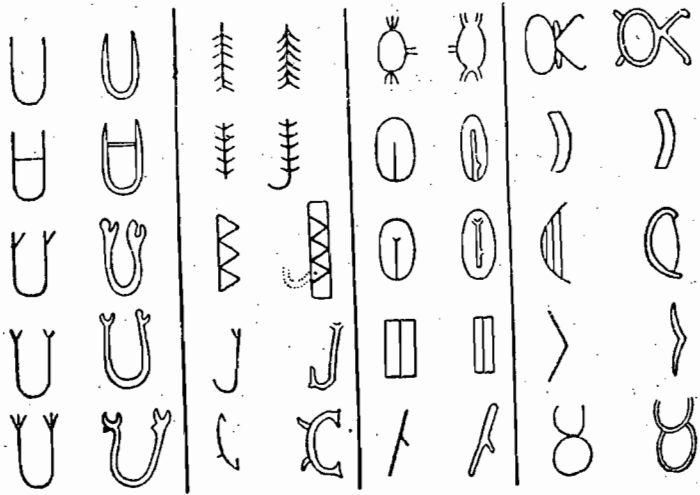
Todos pueden apreciar la diferencia de las figuras humanoides, que en Rapa-nui han sufrido una adaptación estilística que las ha transformado en aves. M. de Hevesy casi instintivamente no ha hecho incapié en este carácter diferencial. Sin embargo es preciso ocuparnos de sus causas. La Fragata (ave marina del Océano Pacífico) domina con su dibujo la plástica de Rapa-nui en la pintura y el *graffito*, y el Prof. Balfour de Oxford, cuyos estudios Hevesy no menciona, ha comprobado



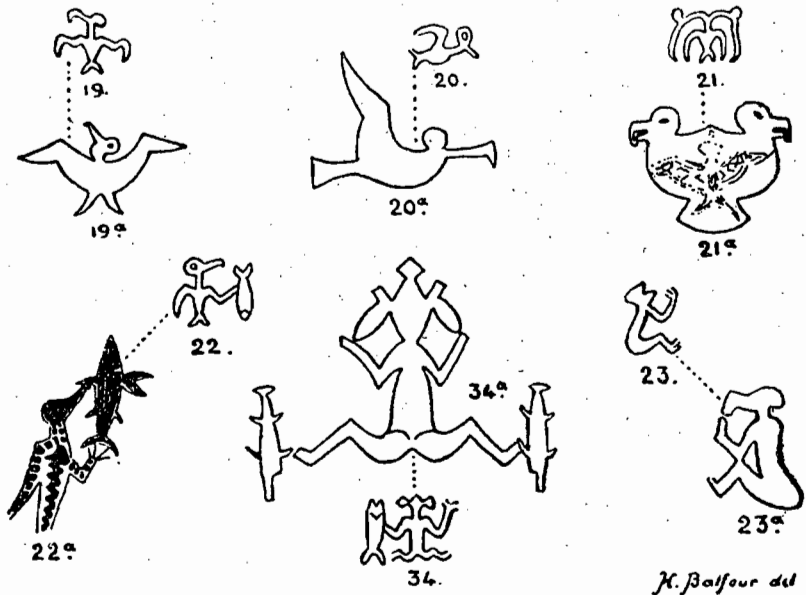
o — Representaciones humanoides de la escritura de Rapa-nui.

que el culto de la Fragata y su estilización plástica pertenece a aquellas tribus melanesias que, como hemos visto, forman la capa antigua de la población de Rapa-nui. Los dos descubrimientos, lejos de contradecirse, se suman y completan recíprocamente. M. de Hevesy, por una parte, ha dado con la clave que nos permite conducir el sistema gráfico de Rapa-nui hacia sus fuentes de invención, y Mr. Balfour, por la otra, nos explica por qué las figuras humanas han sufrido en la isla una deformación estilística tan peculiar. También la exageración del tamaño de las orejas en las figuras humanas y humanoides de Rapa-nui constituye un motivo local, que está en relación con la existencia de los Orejones, es decir, de una parte de la población cuyo distintivo corporal era llevar las orejas horadadas y alargadas, según una moda imperante en las capas más recientes del Pacífico, incluso el Perú. Véase la lámina VII.

LAMINA V



Otras tablas de M. de Hevesy.



p — Figuras de Rapa-nui y de las Islas Salomón, comparadas por Balfour.

TRES CIUDADES DEL CHALCOLITICO DESCUBIERTAS ULTIMAMENTE EN EL PUNJAB

El descubrimiento de Hevesy, ya en esta primera fase, que es simple enunciación, ha tenido la virtud propia de las grandes revelaciones, pues ha impuesto un cambio de nuestra perspectiva histórica.

Nótese que Mohenjo, Daro y Harappa son tres ciudades antiguas de la India occidental, más exactamente, del curso medio del Indo (Punjab), de las que hombre alguno tuvo noticias hasta 1928. En ese año Sir John Marshall, director del Servicio Arqueológico de las Indias, dió el primer anuncio de haber desenterrado sus restos. Las ruinas de Mohenjo-Daro están construídas en ladrillos rojos tan bien cocidos y moldeados como los mejores que empleamos hoy, unidos con morteros diversos, de arcilla y yeso; hay numerosos edificios privados, provistos cada uno de un baño y tanque con canalización de drenaje; las casas son espaciosas, de forma rectangular a menudo de dos pisos y alineadas simétricamente sobre los lados de las calles, cuyo trazo es rectilíneo. El reticulado for-

mado por las calles, también ellas espaciosas, demuestra por su regularidad geométrica que fueron abiertas de acuerdo con un plan general preestablecido y no al azar. Obras de carácter público no se han encontrado más que sanitarias, como canales de drenaje en el subsuelo de las calles y cloacas centrales cuyas dimensiones no difieren de la de Buenos Aires, techadas con falsa bóveda en saledizo, y un establecimiento de baños con cabinas y pileta de natación.

Las tres ciudades exhumadas por Marshall comprueban la existencia de una civilización distribuida en un área considerable, pues Harappa dista de las otras unos 500 kilómetros, y hay pruebas de conexiones culturales y comerciales con el Turkestan, la Persia antigua y el país de Caldea, y por el lado oriental con el Tibet, las provincias chinas y la Birmania. La civilización del Punjab viene a colmar un *hiatus* de nuestra serie histórica, pues se creyó hasta ayer que la primera forma de cultura de la India fuera la engendrada por el conflicto de los indoeuropeos con los drávidas negroides de que los poemas épicos en lengua sánscrita nos han conservado la tradición. La civilización del Punjab es una cultura ya parcialmente metálica, pues, aparte del oro y la plata, el estaño y el plomo, se encuentran utensilios domésticos, instrumentos y armas fabricadas en cobre; el bronce es más raro y empleado sólo para obtener mayor dureza en las hojas cortantes. Sin embargo, la gran mayoría de objetos e instrumentos son todavía de piedra pulida: estamos, pues, en aquella línea de transición de la era lítica a la metálica que se conoce bajo el nombre de Chalcolítico. La cerámica es en su mayor parte sin adorno, pero no faltan vasos pintados con decoración en negro sobre fajas hermejas. Entre los animales domésticos figura la oveja, el puerco, dos clases de perros, el caballo y el elefante, y, todavía más numerosos, el búfalo, el buey de cuernos cortos y el buey indiano corcovado.

La escasez de armas y la ausencia de fortificaciones en estas antiguas ciudades del Punjab es prueba de que aquel pueblo, dedicado a la agricultura y a la cría de animales domésticos, seguía una vida pacífica, alejado por completo de las artes de la guerra; ésto ha provocado, casi instintivamente, en sus descriptores, una entonación enfática, pues nos lo presentan como una especie de Edén. Un espíritu más familiarizado con la historia de las sociedades humanas se siente llamado a meditar, no sin amargura, sobre la destrucción de las

tres ciudades, que aproximadamente desde el 2500 a. d. J. C. quedaron sepultadas y olvidadas hasta nuestros días; es la misma suerte que tocó a Babel y Memphis y a todas las demás metrópolis de los tiempos antiguos y modernos que han descuidado la educación viril de la juventud, y obcecadas por una efímera prosperidad mercantil, han olvidado de cuidar su organización conservativa.

La cultura artística del Punjab puede juzgarse por la cerámica rojo-negra y por los adornos personales de fayenza con encaustos azules; pero el objeto más abundante y característico es el sello de esteatita grabado con figuras e inscripciones, de los que Sir John Marshall y sus colaboradores han exhumado millares. El sello está grabado, a menudo con mucha precisión y arte, para imprimir sobre una superficie plástica la forma de un animal, generalmente, y unos cuantos caracteres hieroglíficos que lo acompañan, cuyo número varía de 2 o 3 signos hasta 3 y más líneas de escritura, por lo regular en orden de *boustrophedon*, como lo ha averiguado Langdon y Hunter, ambos de Oxford, quienes acaban de reunir todos los signos en un *Corpus* de la escritura del Punjab.

En cuanto a la época de Mohenyo-Daro y Harappa, por la presencia de elementos cronológicos por suerte muy significativos (como el hallazgo de sellos del Punjab en capas babilónicas anteriores a Sargón I y en estratos Sumerios de la ciudad de Ur de Caldea, junto con cuneiformes del siglo XXVII a. C.). Marshall ubica la ciudad más antigua en el 3300 a. C., la intermedia en el 3000 y la más reciente en el 2700. Ergológicamente su cultura denota una época en que el Neolítico se atenúa para dar comienzo a la Edad del Cobre, y respecto a la cultorología, es visible la ya cumplida amalgama del ciclo pastoral del Asia septentrional y de sus elementos característicos, el caballo y el carro, con los ciclos meridionales provistos de plantas cultivadas, cerámica y cría del puerco y del elefante. Sobre todo se impone desde ya atribuir a la civilización asiática meridional mucho de lo que antes se creyó indo-europeo; pues con mucha probabilidad, aquí como en el Egeo, los Ario-hablantes han tenido el rol de invasores y ocasionado perturbaciones de carácter «medieval.»

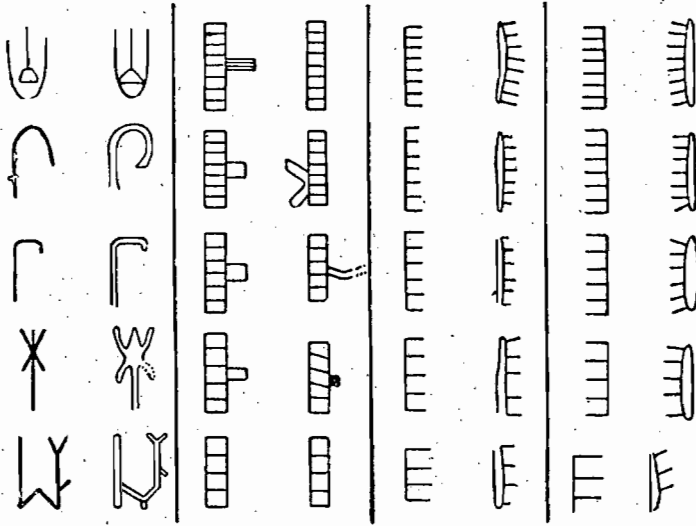
ESTADO ACTUAL DE ESTOS PROBLEMAS

En 1934 una comisión de arqueólogos y etnólogos enviados por las instituciones oficiales de Francia y Bélgica se ha dirigido a la Isla de Pascua a bordo del aviso «Rigault-de Genouilly», pasando, como todos recuerdan, por Buenos Aires y Valparaíso. Dicha comisión estaba compuesta por el arqueólogo Louis Watelin, veterano de las exploraciones de la ciudad de Kish en Mesopotamia, y el etnólogo Alfred Métraux, conocido en la Argentina por haber dirigido el Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán y la bella *Revista de Etnología* impresa por aquel instituto. Antes de llegar a Valparaíso falleció de manera inesperada el jefe de la expedición M. Watelin, y la investigación ha sido cumplida en la Isla de Pascua por Métraux; posteriormente se le ha reunido M. Lavachery del Museo de Bruselas.

Durante la estada en el puerto de Buenos Aires del «aviso» de la marina francesa, recibí dos veces la visita del jefe de la expedición en mi despacho del Museo Argentino de Ciencias Naturales. M. Watelin, sumamente experto en relevamientos sobre el terreno, especialmente de edificios, no me escondió su esperanza de encontrar en Rapa-nui un complejo de monumentos de arquitectura capaces de ser relacionados con las construcciones de las ciudades del Punjab. Persona muy amable y culta, de la que conservo el mejor recuerdo, verdaderamente enamorado de aquella ciencia cuya pasión iba a pagar con su vida antes de tocar la meta, no me ocultó una cierta desilusión cuando le manifesté mi pensamiento, es decir, que las relaciones del Rapa-nui con el Punjab han sido necesariamente de tal modo indirectas, a través de una ola polinesia ya tan reciente respecto a las altas antigüedades del Indo, que el estudio de las influencias primarias debía hacerse en los jalones intermedios, a mucho menor distancia del foco de irradiación.

Respecto a los resultados obtenidos por Métraux, sólo sé lo que ha publicado un reciente telegrama fechado en París, según el cual se ha formado una importante colección de objetos etnográficos en la que no faltarían, según la noticia telegráfica, ganchos de pescar de hueso, vestidos de corteza batida (*tapa*), hachas, esculturas en madera y piedra, instrumentos varios y algún ejemplar de tabletas inscriptas; estas

LAMINA VI



Quinta tabla de M. de Hevesy.

últimas, reuniéndose a las ya conocidas, llegan muy oportunamente para aumentar nuestra documentación.

Muy pocas novedades, sin embargo, podrán surgir por medio de la arqueología y etnografía de Rapa-nui; yo pienso que el problema, ya desde los tiempos de Jaussen y mucho más en nuestros días, *puede considerarse circunscripto en sus términos lingüísticos y epigráficos.*

La última palabra la esperamos del análisis de la grafía.

La indiscutible juventud de los signos de Rapa-nui, todavía no exentos de naturalismo en su dibujo, en confronto con el dibujo lineal y alfabético del Punjab nos pone en guardia contra la idea de que los primeros desciendan directamente de la grafía del Indo. En otros términos, al ver que la del Indo ha pasado por el estado naturalista o pictográfico y muestra ya una madurez propia de escritura simplificada y cursiva, no es lícito afirmar que de ellas procede directamente el dibujo remozado de la Isla de Pascua. Más natural resulta suponer que ambas son derivaciones de un tronco común, ubicado en un lugar hoy desconocido del Asia Meridional, cuya transformación no siguió en todas las direcciones un ritmo igual, lo que se observa con frecuencia en pueblos de diferente proceso cultural. También puede pensarse que la pascuense fuera una rama del tronco indiano destacada en tiempos muy remotos, cuando el sistema gráfico original estaba en sus comienzos, y desarrollada, luego, muy lentamente, en alguna apartada región del Océano Pacífico, de donde los Polinesios la llevaron a Rapa-nui durante sus argonáuticas empresas de los siglos XIII y XIV.

Ambas hipótesis tienen aspectos de legitimidad. Sin embargo, ¿para qué apurar el curso de la investigación? El problema está hoy en plena luz y converge hacia él la mirada de mundo.

La última noticia de M. de Hevesy es la que me comunica en su carta de Marzo 26: «Me consideraría muy afortunado si pudiese enviarle algunos desciframientos de textos, de los cuales me ocupo en este momento, pero desgraciadamente no están todavía tan adelantados para formar el objeto de una comunicación. Sin embargo, me parece fuera de duda que se trata de una escritura basada sobre homófonos, sin que pueda haber duda sobre su naturaleza de verdadera escritura». A continuación se queja de que Métraux, apoyándose en las conocidas hipótesis de Jaussen y Thomson, haya repetido re-

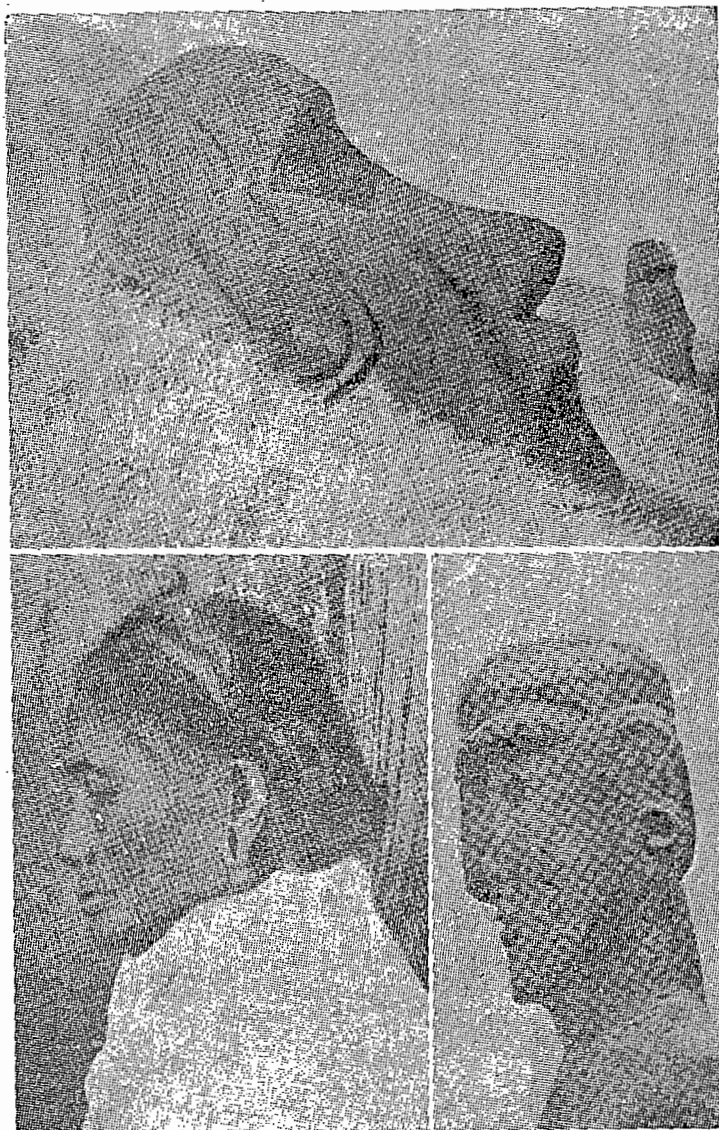
cientemente que los signos eran únicamente *réperes mnemo-techniques* para recitar himnos y plegarias.

Según mi opinión, únicamente puede ser objeto de duda si los Polinesios, que aprendieron el sistema gráfico de algún pueblo del Asia meridional, conservaron integralmente la técnica y el empleo de un medio de civilización tan refinado, o si en cambio lo utilizaron solamente en parte, con función de medio mnemónico. Fuera de esto, las tablas de Rapa-nui, por su ordenación, cañon bustrofélico, regularidad y demás caracteres, llevan el sello de un verdadero sistema gráfico, bastante complejo y de tipo en todo o en parte fonético (alfabético y silábico).

Por su parte, desde Viena mi amigo el barón Heine Geldern, ilustre sinólogo, autor de la parte asiática del tratado de Buschan, me comunica con fecha reciente que prontamente he de recibir su trabajo sobre las correlaciones establecidas últimamente por él entre las inscripciones de Rapa-nui, las de la China primitiva y las de la América Central. Espero este envío con el más alto interés, pues se trata de un autor realmente consagrado y moderno y de responsabilidad científica.

Hay momentos de nuestra vida psíquica en que el menor indicio, a veces un signo apenas perceptible, tiene la virtud de crear en nuestro ser modificaciones intensas. Lo propio se realiza en ciertas fases del conocimiento científico. Estamos desde unos veinte años en uno de tales instantes, después de una acumulación gigantesca de documentos y conocimientos sobre el sector de la tierra habitada menos conocido por el vulgo, el Océano Pacífico, en el que se ocultan los más audaces poemas de la actividad humana y el secreto de la circulación de los bienes del hombre hasta las Américas.

LAMINA VII



Deformación y perforación de la oreja entre los Orejones de Rapa-Nui (en los **moai**, en los **moai-miro** y en los vivientes).